



## Ricardo y Laura.

NOVELA MEXICANA.

En una de las calles del Reloj de la ciudad de México, vivía por los años de 1818, una excelente madre de familia, ocupada exclusivamente de la educación de sus dos jóvenes hijas y de un varón que á pesar de no haber cumplido todavía veinte y cuatro años, daba las más lisonjeras esperanzas, tanto por su apreciable genio, como por su ilustración no común. Apenas acababa de recibirse de abogado, cuando sus maestros mismos, y aun sus compañeros le encargaban las causas más difíciles, viendo los felices triunfos que adquiría con frecuencia en los tribunales; pero su respeto y amor filial excedían todavía á sus demás bellas cualidades. Cuando doña Isabel lo fe-



licitaba por el buen éxito que había logrado en alguna causa,—“A vd. lo debo todo, le contestaba, sin la educación doméstica que formó mi corazón y mi alma, y sin los sacrificios que ha erogado en mi ilustración literaria, mis conocimientos jamás habrían pasado de superficiales y de muy vulgar mi carrera.”

Doña Isabel vertía dulces lágrimas al escuchar á su hijo querido. Viuda hacía largo tiempo aunque en edad temprana, había consagrado su juventud á la dulce tarea de perfeccionar su propia educación á la vez que de trasmitirla á sus hijos. Un corto montepío, que le había dejado al teniente coronel su marido, no podía proporcionarle lo bastante para los gastos que exigía en aquel tiempo en México una esmerada enseñanza; pero trabajaba día y noche con asiduo empeño en hacer curiosos bordados y bien imitadas flores artificiales, con cuyo auxilio podía pagar los maestros de música, dibujo y pintura, únicos artes cuyo estudio entraba en la instrucción secundaria más esmerada de las niñas de aquella época. Lucía, la mayor de sus hijas, comenzaba á pintar ya, copiando del natural, y Guadalupe, la segunda, poesía regularmente el solfeo y ejecutaba con facilidad en el piano. La reciente posición de Ricardo proporcionaba todos los días nuevas comodidades domésticas á toda la familia. Criado en la severa escuela de la adversidad,

su carácter estaba muy distante de aquella frívola ligereza tan natural á los jóvenes, de aquel orgullo tan común á los favorecidos de la fortuna y de aquella pedantería tan general á los que se educaban entonces en nuestros colegios. Era grave, serio y reflexivo, y carecía sobre todo de aquella apatía y de aquel apego á los placeres y á la ociosidad tan generalizada por desgracia en nuestro país; pero esa gravedad prematura, si se quiere, en sus cortos años, nada influía en la dulzura de su genio, ni en la urbanidad de sus modales: su figura era interesante, sus ojos negros y llenos de espíritu, su nariz á la griega y su boca tan pequeña como agraciada. El sombrío tinte de melancolía tan bien pronunciada sobre todos sus rasgos, daba un nuevo realce á su agradable fisonomía: sus cualidades morales correspondían perfectamente á la belleza de su físico; era dulce, sensible y generoso: poseía una elocuencia seductora; usaba con facilidad el arte de tocar y de mover los corazones de un modo maravilloso....; sin embargo, Ricardo no era feliz: alimentaba en su pecho una pena secreta, que era un misterio para todos, aun para su tierna madre.

Amaba hacía dos años, y el objeto de su afecto el más íntimo, no podía pertenecerle.... era demasiado rica, y sus padres exigían de su futuro yerno mayor ó igual for-



tuna á la que debía disfrutar la única heredera de dos hermanos ricos capitalistas.

Ricardo había conocido á Laura y un pariente de esta joven había fomentado sus tiernos sentimientos tanto en su parienta como en Ricardo.

Joven, viva, inconsiderada, la madre de Laura no podía fijar largo tiempo sus pensamientos sobre cosas tristes y penosas, y así siempre presagiaba á los jóvenes amantes un dulce porvenir, que aseguraba á cada uno de ellos en sus conversaciones particulares; porque jamás Ricardo y Laura le habían hablado de su amor, sin embargo la madre había arreglado el matrimonio en su cabeza y fomentaba los esfuerzos de la mutua ternura de los amantes. ¡Cruel ligereza que destruyó la paz de su vida! Así pasaron dos años. Ricardo era demasiado prudente para quejarse, y Laura rehusaba con frecuencia las solicitudes de los que aspiraban á su mano. Estas dos víctimas del amor sufrían en silencio el peso todo de los obstáculos que las separaban. La madre de Laura afligida por la desgracia de aquellas dos personas, á quienes tanto amaba y cuya felicidad deseaba con ahinco, no podía sin embargo adelantar un paso en los proyectos que emprendía para realizar su unión, mientras que su esposo y los demás parientes sostenían irrevocable su resolución de no casar á Laura sino con un hombre tanto ó más rico que ella.

Ricardo, poseedor únicamente de su talento y de mil ó dos mil pesos, no se podía atrever á declararse, su repulsa no sólo era segura, sino que había sido recibida con el mayor desdén, con el más alto menosprecio. No perteneciendo á una familia distinguida y de un nombre poco conocido, carecía también de aquel barniz, con que suele cubrirse la pobreza ya bajo el velo de un alto nacimiento, ó ya con la capa de títulos pomposos, que aunque vacíos de mérito, solían ejercer demasiada influencia en aquella época.

Lo único que poseía Ricardo era una alma grande, talentos reconocidos y distinguidos, un excelente carácter y las más preciosas cualidades del corazón; pero todas estas ventajas nada pesan en el platillo de una balanza, cuando se encuentra el oro en el otro. Un comerciante acaudalado ó un propietario de ricas posesiones, es lo único que llenaría la ambición de los parientes de Laura: todo lo demás era á sus ojos quimera y locura, y á cualquiera indicación irreflexiva, la joven se veía expuesta á los sarcasmos más duros.

Ricardo estudiaba sus menores acciones, para impedir que nadie sospechase su doloroso secreto; pero la vida había perdido para él todos sus encantos.

Laura le convenía bajo todos aspectos. El lujo y la opulencia no la habían enorgullecido, permanecía modesta, sensible y ge-



nerosa; su corazón accesible á la piedad buscaba á los desgraciados, y los socorría no sólo con su bolsillo, sino con su asistencia y sus consejos. Dotada de una figura encantadora, no era vana, ni frívola, ni presumida; toda ella era, en fin, digna de Ricardo.

El tiempo trascurría lentamente, aunque con el triste aspecto de la mar en calma; pero doña Isabel no pudiendo ya disimular el sentimiento que le causaba la distracción y la extremada tristeza de su hijo, le instó una vez con la mayor viveza para que le confesase las causas de un abatimiento tan notable, le hizo presente su feliz situación actual y las fundadas esperanzas de un porvenir más próspero.

Ricardo, conmovido, no sabe qué responder: suspira y calla: un peso cruel oprime su respiración.

Inquieta cada vez más, doña Isabel insiste con más fuerza; pero todo es en vano y tristemente se resuelve á tomar el partido de callar, aunque con el dolor de ignorar el motivo que así podía turbar la paz interior de Ricardo. Este, no pudiendo sostener por más tiempo su serenidad aparente, absorto más que nunca en sus penosas meditaciones; sus ojos no podían ya ocultar la tristeza de su alma y casi habían perdido toda su vivacidad.

Alarmada doña Isabel y no pudiendo resistir á su dolor, resolvió ir á consultar á

una parienta que vivía en Guadalajara, quien la amaba tanto á ella como á sus hijos; pero con quien, por la falta de comunicaciones producida por la interceptación de los caminos á causa de la insurrección, había algún tiempo interrumpido sus relaciones, y de quien acababa de recibir una carta en que le participaba había muerto su marido.

Tal motivo disculpaba su resolución para emprender de pronto su marcha. No bien se presenta á su prima, pálida, abatida, y enteramente despojada de aquel apreciable personal que había conservado tan bien hasta el año anterior. Admirada la viuda de una transformación tan repentina.—¿Qué tienes, le dice, mi cara prima, qué emoción tan dolorosa ha podido así variar tus hermosas facciones? ¿Están acaso enfermos tus hijos? ¿Les ha acaecido alguna desgracia?

Doña Isabel en vano se esforzaba para ocultar sus lágrimas, oprimida por ellas, le fué necesario pasase algún tiempo antes de poder referir á su prima la causa de su tristeza motivada por la gran melancolía de Ricardo, á quien nada era capaz de distraer, la variación de su carácter y lo inconcebible de sus penas.

Vivamente alarmada la joven viuda, hizo los esfuerzos más expresivos para calmarla, y con las palabras más dulces y más tiernas la ofreció que vería á Ricardo y que



infaliblemente le arrancaría su penoso secreto.—“Veinticuatro años, agregó poniéndose la mano en la frente, una hermosa figura, un mérito reconocido.... El amor sin duda es el misterio que os oculta tan cuidadosamente.”

Justamente conmovida doña Isabel al observar un interés tan sincero como tiernamente expresado en favor de su hijo, veía en su prima un ángel de consuelo dotado de una magia tan expresiva, que cual las sombras nocturnas á los primeros rayos de la aurora, disipaba la obscura sombra de sus negros tormentos. Insensiblemente, á la serenidad sucedió la confianza en las promesas de Quirina, y la esperanza más halagüeña ocupó el lugar en su pecho que destrozaba hacía poco la horrible desesperación.

El desinterés con que doña Isabel se había conducido siempre para con su prima, no obstante la enorme diferencia de sus respectivas fortunas, era un nuevo motivo que estimulaba á Quirina para manifestar á su parienta más cercana la generosidad con que estaba resuelta á emplear en su favor los recursos todos de que podía disponer en su nueva posición social, y en consecuencia, dispuso con la mayor celeridad acompañar á México á doña Isabel, aprovechando tan bella oportunidad para arreglar ciertos asuntos de la testamentaria que tenía pendientes.

Llegan á la ciudad muy pronto, y después de las dulces emociones que excita en doña Isabel el tierno reconocimiento de sus hijas, de quienes se había separado por la primera vez en su vida, pregunta por Ricardo, quien no se hallaba en casa, pero que llega á pocos momentos, y un torrente de lágrimas da á conocer á su amable madre que á pesar de toda la fuerza que ejerce por disimular su triste situación, Ricardo ha llegado al estado en que nada puede calmar la viveza de su arraigada melancolía.

Laura, aconsejada de su madre, le había escrito una carta tan tierna como triste, dándole la nueva más fatal. No pudiendo resistir á los deseos de su familia, se veía precisada á casarse muy pronto: sin un motivo tan grande, jamás se habría resuelto á escribirle; pero deseosa de endulzar un golpe tan terrible, había cedido á los impulsos de su corazón y obedeciendo á sus inspiraciones.—“Tú has adivinado mi corazón, Ricardo, le decía, y has comprendido el secreto de mi amor; sin embargo, debemos separarnos. Un destino cruel se burla de nuestra ternura y nos condena á la suerte más penosa y amarga. Al darte mi último adiós, yo dejo correr mi pluma á la voluntad de mis pensamientos. He resistido hasta donde me fué posible, me he resistido dos años; pero mi padre se muestra tan irritado, que debo obedecerle sin remedio. ¡Ay! jamás podremos unirnos.



Los despreciables bienes de fortuna nos separan, y en medio del horror que ellos me inspiran, porque su posesión es la causa de mi desgracia, ¿lo creerías? desearía ser verdaderamente rica, es decir, poseer libremente un caudal inmenso, para que, disponiendo de él en tu favor, cesase de una vez esa diferencia que impide nuestra unión. Yo me he arrojado á los piés de mi padre y olvidando mi timidez, le he confesado nuestro amor, pero todo en vano. Mi tierna madre ha recibido, al par que su hija, los más fuertes reproches, las reconvenciones más amargas, las expresiones más duras. La paz de su vida sería destruida sin remedio, si yo no cediese. Yo estaba resuelta á sufrir hasta lo imposible por conservarme libre; pero mi madre, Ricardo, querido Ricardo, ¿debía yo sacrificarla?... No puedo concluir ya.... Las fuerzas me faltan.... concédeme una gracia.... una gracia sola. No intentes volver á verme.... Muy pronto nudos indisolubles nos separarán para siempre.... Debemos respetarlos y humillarnos á los decretos de la Providencia. Ricardo no se atreverá á duplicar mis tormentos. ¿Es verdad?"

Esta carta estaba toda manchada de lágrimas. ¡Cuánto habrá sufrido Laura al escribirla!

Ricardo había experimentado al leerla, un trastorno general.—¡Todo se ha perdido! exclamó en el momento que pudo arti-

cular una palabra. Un muro de bronce va á levantarse entre nosotros.

Hasta entonces había sufrido inquietudes demasiado vivas; los obstáculos que le separaban de Laura le parecían difíciles de vencer; pero en medio de su pena y sus angustias, todavía le sostenía un esperanza fugitiva. Su imáginación viva y ardiente no dejaba de pintarle alguna vez un porvenir halagüeño; mas desvanecidas estas lisonjeras esperanzas tan absolutamente, su alma había recibido un golpe decisivo.

Ricardo se había puesto á la mesa por no alarmar á su madre; pero le era imposible tomar ningún alimento. Vanas eran las instancias de ésta y de sus hermanas para que tomase de algún plato, que ellas mismas habían condimentado. Su posición era tan violenta, que no pudo sostenerla por más tiempo; se levanta de la mesa y sale con violencia del comedor. Su madre se apresura para seguirle, pero se lo impide una insinuación de la súplica más expresiva que le dirige de rodillas.

Ricardo necesitaba de la soledad, huye al jardín, y en medio de las más amargas reflexiones, se entrega á toda la agonía que sufre su corazón, y la firmeza de su alma le abandona enteramente.

Su madre, no pudiendo soportar una ausencia tan prolongada, después de mil pesquisas, lo encuentra en el lugar de su retiro absorto en su único y continuo pensa-



miento: el universo entero había desaparecido para él. ¿El cruel anuncio del matrimonio de Laura no era bastante para elevar sus penas hasta el extremo? Pues aún le faltaba que padecer. Al ver llegar á su madre se enrojece y se pone pálido alternativamente. . . . ¿Qué le dirá? ¿Podrá continuar su reserva, guardar más tiempo su silencio? Su pena está adivinada, ¿cómo ocultarla bajo el velo del misterio? El corazón de una madre no se deja engañar tan fácilmente. Ella se aproxima á Ricardo y con el tono más dulce é insinuante y con las palabras más adecuadas á su posición, le suplica le confiese sus penas.

En vano intentaba ocultar de nuevo la causa de su trastorno, cual una deshecha tempestad había destruido las hábitos todas de su vida pacífica, y de la calma común de su genio moderado. No puede resistirse más, se lo confiesa todo y le muestra la terrible carta, que había producido una crisis tan peligrosa.

No pudiendo, á pesar de su ternura extrema, cicatrizar la madre una llaga tan cruel, acompaña á Ricardo en su aflicción y le ofrece este consuelo dulce y penetrante, único que encuentra siempre el camino del corazón; le reconviene por su larga reserva, y llora largo tiempo con Ricardo; pero al fin reflexiona; deja de pronto á su hijo y se dirige de prisa á donde está su prima y le dá los detalles de todo lo que aca-

baba de saber. Una íntima esperanza la anima, y confía en que la intervención de Quirina con los padres de Laura, podrá acaso variar su resolución.

Doña Quirina al momento se dispone á ir á casa del padre de Laura y á pedir ella misma su mano para Ricardo.

Admirado el rico comerciante de una visita tan intempestiva y con objeto tan desagradable para él, la acogió con demasiada frialdad: irritado de la resistencia que le había opuesto su hija, ó más bien, de las tiernas plegarias que le había dirigido, sus facciones, descompuestas en medio de la dureza y la severidad, indicaban muy al vivo toda la turbación de su alma.

Doña Quirina, sin desanimarse por el mal aspecto de una entrada tan desagradable, varió la conversación á asuntos diferentes: como hablaba con facilidad y con gracia, el padre de Laura la escuchaba con atención, y la serenidad volvió á presentarse en su rostro.

¿Pero cómo llegar al punto principal? ¿Cómo tocar aquella cuerda tan delicada, mas sin embargo tan esencial como urgente, y que era el único objeto de su visita? Se resuelve por fin y le habla del matrimonio de Laura, preguntándole si estaba muy próximo. El corazón del padre estaba ulcerado y se encontraba en uno de aquellos momentos en que el alma tiene necesidad de esplayarse y en que llega á ser



indispensable un confidente, cualquiera que sea. Manifestó en términos muy expresos á doña Quirina lo decidido que estaba á no contrariar la voluntad de su hija ni causar su desgracia, uniéndola á un esposo que no fuese de su gusto; pero que no opinaban de este modo sus hermanos, quienes acaso, únicamente en su obsequio, habían permanecido solteros con el fin de dejarla de heredera de sus cuantiosos bienes; por lo que estaba resuelto á contrariar de todos modos la indicación que le proponía y aun á valerse de todos los recursos que le proporcionaba su autoridad paterna para impedirlo.

No es fácil explicar la desagradable emoción que sufrió Ricardo al saber por su tía el triste resultado de sus pretensiones; sin embargo, los principios de su educación, el afecto á su familia y el mismo amor á Laura, le hicieron tomar la pronta resolución de abandonar á México é irse á radicar á Guadalajara, en donde doña Quirina necesitaba de los auxilios de su profesión, para terminar algunos pleitos pendientes en su testamentaria, á fin de dejar saneado un caudal que ella misma ignoraba su cuantía, hasta que á virtud de los esfuerzos de Ricardo y de su inteligencia en las leyes del país, aclarados mil puntos complicados, resultó que pasaba de cien mil pesos.

Ricardo, entre tanto, supo: que si bien

su repulsa había opuesto un dique inexpugnable á sus pretensiones, sin embargo, Laura había conseguido de su padre y sus tíos la oferta solemne de que no la obligarían á que diese su mano á persona que no fuese de su agrado, y un ligero vislumbre de esperanza, alimentado en lo más íntimo de su corazón, no dejaba de alentar alguna vez, presagiándole que con el tiempo acaso volverían á renovarse las relaciones que por entonces, en consideración á la misma tranquilidad de Laura, se había visto obligado á romper absolutamente. Tanto esta débil esperanza, como los importantes sucesos de la época de la independencia, en que el amor á su patria y su posición social le hicieron tomar una parte muy activa en los negocios públicos, servían de algún lenitivo á su constante amor con toda fuerza contrariado.

Lograda la independencia de México en el año de 1821, los tíos de Laura resolvieron trasladarse á España, su patria, no pudiendo soportar las nuevas ideas de libertad, que circulaban por todo el continente, y que no podían soportar ya en su edad, educados y acostumbrados á las ideas más exageradas de aristocracia y servilismo.

Realizaron, por consiguiente, la mayor parte de sus bienes, y abandonaron un país en que sólo veían la inmoralidad y la irreligión entronizadas. El padre de Laura, aunque pensaba con corta diferencia lo mismo



que sus hermanos, no podía resolverse á sufrir una pérdida tan considerable en su capital, como exigiría indispensablemente una pronta realización de fincas rústicas y de efectos de comercio en aquellas circunstancias; así les ofreció seguirlos á la madre patria dentro de uno ó dos años, tiempo que calculó suficiente para poder vender sus propiedades con menos detrimento, pues calculaba que la pérdida que sufriese en su realización, podría indemnizarle con usura, empleando su producto en efectos del país como grana y añil, que podría expender con mucho aprecio en Cádiz. Así lo dispuso y así lo verificó, y antes del tiempo que había calculado, se encontraba en Veracruz con un cuantioso cargamento, en cuya compra había invertido el producto de sus bienes.

Ricardo, que ocupaba un lugar distinguido en la sociedad y uno de los destinos principales en Guadalajara, debido tanto á su conocido mérito como á los importantes servicios que había prestado á la emancipación de su país, supo con el mayor sentimiento la resolución de los parientes de Laura y la próxima marcha de ésta. A pesar del influjo de sus amigos en México, no pudo lograr que su padre variase de determinación. Mal sofocado su amor y creyendo para siempre perdida á Laura si llegaba á salir del país, se resuelve á marchar á México y á multiplicar por sí mis-

mo sus esfuerzos para impedir aquella marcha; pero ni las atenciones de su empleo, ni las de las negociaciones que había emprendido de resultas de la muerte de doña Quirina, quien lo había dejado de heredero de todos sus bienes, le permitieron salir de Guadalajara con la prontitud que deseaba. Al llegar á la capital supo con el mayor sentimiento, que dos semanas antes habían salido para Veracruz Laura y su padre. Su impaciencia se aumenta con este contratiempo y nada le detiene, esperando que al menos podría verla antes de embarcarse en Veracruz. En efecto, toma la posta, y sin omitir gasto ni diligencia alguna, llega á aquel puerto, donde al punto recibe la cruel noticia de que el buque en que su amante Laura marchaba á la Península, acababa de hacerse á la vela.

Un golpe tan mortal estuvo á punto de terminar con su existencia ó al menos de perturbar su razón. Aun no acababa de oír tan cruel noticia, cuando con precipitada carrera se dirige á la costa, por si podía divisar todavía el frágil leño que le robaba su vida y el uso de todos sus sentidos. Pero sus esfuerzos son en vano; desolado recorre las playas y cualquier punto que divisa en el horizonte se le figura un buque, y su imaginación acalorada le hace escuchar en cualquier ruido el eco de la voz de su amada. La noche se aproximaba, el crepúsculo de la tarde apenas permitía ya divi-



sar los objetos. Una caminata por más de dos horas y á pie, en aquellas arenosas playas, agotó muy pronto sus fuerzas. Exánime y sin poder sostenerse, cae de rodillas dirigiendo sus plegarias al cielo, á quien pide lo auxilie contra el genio de la desesperación y contra la idea del suicidio, que á cada paso le combaten y que iban ya á precipitarlo en lo más profundo de aquel mar proceloso, si un esfuerzo sobrenatural no le hubiese recordado en aquel momento toda la fuerza de los sentimientos religiosos que habían grabado en su alma los principios de su educación y de su moralidad. Pero tan fuertes contrastes eran muy superiores á la resistencia de su ser físico. . . . No pudiendo sostenerse ya, cae desmayado sobre la arena privado de sentido. Permanecería acaso hasta el día siguiente, si una horrible tempestad, con sus aterradores truenos, y si las encrespadas olas que llegaban hasta él no le hubiesen sacado de aquel desmayo ó estupor. Al principio pensó permanecer quieto sin emprender ningún esfuerzo, hasta que un golpe de mar, arrebátándolo á la profundidad, pusiese término á su odiosa existencia; pero el aparato mismo de aquel magnífico é imponente fenómeno de la naturaleza, le hizo recordar los deberes que lo unían á la vida, y despertaron en su alma aquel sentimiento íntimo, que obliga á las criaturas animadas á huir naturalmente del riesgo que amena-

za su existencia. Un relámpago que pareció iluminar la tierra acaso con más brillo que el sol, le recuerda el resplandor de la divinidad y la existencia de su omnipotente autor. Se reanima, procura adquirir vigor, cobra aliento, y logrando ponerse en pie, escapaba despavorido de la fatal orilla donde su muerte habría sido inevitable, si hubiese permanecido por más tiempo, privado del uso de sus sentidos.

A la luz de los relámpagos pudo alejarse del lugar donde estaba y separarse lo bastante de la costa; pero la horrible obscuridad que sucedió poco después, le impidieron absolutamente continuar su marcha hacia el puerto, y temeroso de extraviarse más y más, esperó tranquilo hasta que la aurora, disipando las sombras de la noche, le hizo reconocer lo inminente del riesgo de que la Providencia acababa de salvarle.

Pocas horas después logró desde la altura de un médano divisar la ciudad de Veracruz y á poco rató encontrar á sus criados, que en vano le habían buscado toda la noche. Uno de ellos volvió corriendo al puerto, donde consiguió una volanta para conducirlo con un facultativo, pronto á prestarle los auxilios que exigía tan imperiosamente la situación de sus desfallecidas fuerzas. Apenas llegaron á su habitación, y aun no acababa de recibir los primeros recursos del arte, cuando el facultativo, que estaba á su cabecera, recibió una carta



á cuya lectura se levantó de pronto dirigiendo á Ricardo sus excusas por la precisión en que se veía de retirarse tan pronto, pues se le llamaba con la mayor urgencia á prestar sus auxilios á algunos náufragos que acababan de salvarse, habiendo hecho pedazos el fiero norte contra los escollos, el buque que los conducía: de pronto ocurrió á Ricardo... la idea más triste y más desoladora. Pregunta el nombre del buque que ha naufragado, y al saber era el "Águiles," el mismo en que se habían embarcado Laura y su padre, como por un prodigio, recuperando instantáneamente sus fuerzas, se levanta y sigue al médico que iba á prestar sus auxilios nada menos que á Laura y á su padre. Por fortuna, la salud de éstos poco había resentido, y la de Laura recibió un bálsamo de salud milagrosa á la vista de su nunca olvidado Ricardo. Sin embargo, escapados en el bote del buque, un cuarto de hora antes de que éste hubiese ido á pique, habían perdido absolutamente todos sus bienes, y la presencia de Ricardo, en tales circunstancias, si fué la más consoladora para Laura, no pudo menos de ser grata para su padre.

El esmero y los cuidadosos afanes de Ricardo, lograron dentro de muy pocos días el completo restablecimiento del anciano y de la joven; pero el decaimiento de aquel y su profunda melancolía, visiblemente anonadaban sus fuerzas á cada momento.

Aprovechando Ricardo la oportuna ocasión de oír de boca de él reflexiones de conformidad y de resignación.—"Nada habéis perdido, le dijo: vuestra situación no ha cambiado. Poseedor de cuantiosos bienes, vos los disfrutaréis, y si insistís en marchar á España, podéis disponer de cuarenta ó cincuenta mil pesos, que dentro de pocos días podré poner aquí mismo á vuestra disposición. Mis hermanas, habiéndose casado ventajosamente, no necesitan de mis auxilios; y mi madre, merced á un cuantioso legado que le dejó su hermana, disfruta de una suerte independiente en la que nada tiene que apetecer. Por mi parte, mi posición social me ha proporcionado un destino, cuya renta de cuatro mil pesos, sería bastante á mi ambición, aun cuando no me quedase todavía mayor cantidad de la que os ofrezco."

Un largo rato de silencio siguió á esta oferta generosa. Estupefacto el padre de Laura, conoció en ella la grandeza de alma de aquel joven, á quien sólo las preocupaciones le impedían darle el dulce nombre de hijo; pero la presencia inesperada de Laura en este crítico momento, acabó de lograr un triunfo que ya estaba tan adelantado. Repitió á su hija en breves palabras las generosas ofertas de Ricardo, y concluyó diciéndole: que en el último tercio de sus días, no podía aspirar á otra felicidad que á la que hiciese la de su hija, y que por



consiguiente á ella sola tocaba el decidir de su suerte.

Fácil es concebir el desenlace de esta escena, así como el de toda la historia: el padre de Laura, en vez de marchar á España, se dirigió con sus hijos á Guadalajara. Las preocupaciones de los años anteriores habían perdido casi toda su fuerza, y aun cuando así no hubiera sido, la conducta de Ricardo se había sobrepuesto á ellas en el ánimo del anciano. El enlace apetecido de Laura y Ricardo y la vejez más venturosa de sus padres, fueron el feliz resultado del proceder honroso de ambos jóvenes, sostenido por la constancia; la prudencia y la virtud supieron vencer, así la contrariedad de la suerte, como el influjo de las preocupaciones.



UN RASGO  
DE LA  
VIDA DE TRUJILLO.

## I.

Una noche del año de 1812, daba las ocho en Valladolid (1) el reloj de su catedral, interrumpido por unos momentos el silencio profundo que reinaba en la ciudad, casi des poblada por la violencia de la revolución, y por el bárbaro despotismo de los jefes militares que la gobernaban.

En medio de un cuartito pobre se veía una mesilla de madera, encima de la cual, en un candelabro de barro, ardía, próxima á extinguirse, una vela que iluminaba escasamente las paredes ennegrecidas por el

1 Hoy Morelia (N. del E.)